

MUERTO VIVO EN SILKEBORG

José Hugo Fernández

Cuento

Del libro homónimo (Editorial Dos Islas, 2021).

--***--

Estar vivo es bueno pero vivir es mejor. Algunos no aprecian el contraste. Mas lo que soy yo, aposté con todo por vivir. Y no renuncio. A pesar de mi edad inmemorial. Trescientos años antes de que naciera Jesucristo -según el cálculo de quienes dicen saberlo-, andaba ya por ahí con mi propia cruz encima, empleándome a fondo para recolectar la cebada del almuerzo. Tal vez por eso me cuesta entender la reacción de quienes asumen como un enigma el sosiego y la placidez que refleja mi rostro en estos días. Es que he sido dichoso. O así lo creo. Supongo que en eso me ayudó ser un hombre de la Edad de Hierro. Pues, a juzgar por lo poco que les conozco, a la gente de ahora le va resultando cada vez más difícil sentirse afortunada. Se cansaron de luchar contra el destino, como lo hacíamos en mis tiempos, así que viven a sus expensas, bordeando el caos, el vacío y la anodina muerte como únicas metas. Decididamente, la muerte debe ser terrible para quienes consideran que al dejar de estar vivos se acaba todo. Y no estoy pensando en el cielo o en la trascendencia del alma y esas cosas que al final no representan sino falaces remedios contra el miedo a morir. Soy un hombre con más de dos mil años de edad. La mayor parte de ese tiempo la pasé hundido en el lodo. A estas alturas nadie sabe a derechas cuál es mi patria, si es que alguna vez la tuve, algo que no me da calor ni frío. No existen datos precisos sobre mis más antiguas ocupaciones: ¿rey, sacerdote, bandido? Daría igual. Constituye un misterio completamente

ajeno a mis propósitos la forma en que he logrado preservarme joven. Y aun lozano, por así decirlo. Entonces merezco por lo menos el beneficio de la duda si afirmo que la muerte es una nadería confrontada con el prodigio de haber vivido. En rigor la muerte ni siquiera existe para los que están vivos, por más que les agobie pensar en ella. Para que exista la muerte como realidad verificable, primero hay que morir. Algo he aprendido de mis experiencias en idas y vueltas entre la tierra y el cielo o el infierno. Y es que nada resulta tan inútil como estar vivo sin haber vivido, no importa en cuál de los tres sitios. Tampoco es que vivir signifique lanzarse a la diablo por esos caminos, tal y como creen aquellos que se la gastan en movimiento perpetuo, pero, total, paralizados por leyes, pasiones y prejuicios que les condenan a morir en la víspera. Mucho corazón es lo que se precisa. Ya lo advirtió el bolero. Y no en balde el mío se conserva intacto. Sin que importe que no le hicieran caso los que se dedican a otorgar credenciales de inmortalidad. Tal vez porque sus ojos estaban vueltos hacia el pene inmortal de Tutankamón, erecto en un ángulo de noventa grados, aunque no más que eso pudiera exhibir aquella pobre criatura sin pulsión cardíaca. La inmortalidad, ¿cómo ignorarlo?, es una ilusión que tienta únicamente hasta el día en que comprendes que estás obligado a disfrutarla a solas, sin nadie que te aplauda. Claro que en este asunto, como en todos, comprender no implica abrir brecha en lo oscuro, si acaso adentrarse a ciegas entre las capas que lo envuelven. No lo advirtió el bolero pero lo digo yo, que he sido capaz de soportar el ahorcamiento con una sonrisa en los labios. Y aquí estoy, impertérrito, haciéndome el dormido para mantener distancias con respecto a los que están vivos, o creen estarlo, desconocedores de que Dios o la naturaleza o como le llamen, ha fijado un ciclo para cada cual y no hay forma de evadir sus alambradas sin incurrir en lo banal y lo grotesco. Todos estamos hechos para la muerte. Tampoco lo dijo el bolero sino algún filósofo, mientras que otro se machucaba los sesos en busca de respuestas concluyentes acerca de qué podría resultar más aburrido si estar muerto o ser inmortal. No es cuestión que amerite ocupar un espacio en mi mente. Rey, sacerdote o malhechor, lo mío es haber vivido, y mantenerme aquí para dar cuenta de que la memoria humana, como el cuerpo, se corrompe cuando estamos vivos demasiado tiempo, tanto o más que cuando estamos muertos.